

CARTA DE AMOR A MI PUEBLO

Teresa Segarra Tomás



Osadía fue darte la espalda, Morería. Teresa, octubre 1997.

Querida Morería:

La última vez que te ví fue desde la piscina, lugar donde pasé largas horas. Aquel día, terminadas las fiestas. Todo estaba muy tranquilo, la presencia humana era muy escasa, el sol acariciaba fuerte la piel pero el aire liberaba de su fuerza y su poder.

Mientras, mi hijo, parecía dormir sobre el agua. Hubo un momento que me levanté, alarmada de verle tan quieto. Me acerqué a él para comprobar su estado y le oí respirar, muy relajado. También yo respiré aliviada y regresé a mi lugar pensando que el agua es el principio mismo de la vida, que saber nadar es una suerte y guardar la ropa debe ser, al menos, un privilegio.

Así pues, me senté a la sombra de una palmera acompañada en todo momento por esas fieras tan difíciles de domesticar, las moscas.

Tú estabas allí, Morería, como siempre. Y tu gran presencia abarcó toda mi

mirada. Sentí de nuevo que quería escribirte aún sin saber qué decirte.

He esperado durante este año, el del cincuenta aniversario de tu milagro para unirme a algún posible homenaje. Al respecto he preguntado a los más viejos de algunos lugares ¡Que tantas cosas saben! y todos han coincidido al decirme que el verdadero milagro fue que no pasara nada.

Aunque después de reconocer, en mi carta anterior, que ya no sé qué es el tiempo, tampoco será necesario celebrar aniversarios. Es su existencia lo que yo celebro, Morería. Aquel día, después de mirarte largamente, pensé en tu origen que para mí es inexplicable. Me pareció que en algún momento remoto habías formado un **todo** y que después quedaste partida por la mitad. Como un gran pan redondo, grande y completo, es decir, integral y con una corteza protectora.

Acaso un cataclismo o

unas manos ajenas, enormes y atrevidas te partieron en dos sin saber nunca más donde estará tu otra mitad. Dejándote con tu interior al descubierto, con tus ojos perdidos en el vacío. Rota, desarmada y sola. Diferente, para siempre, de tu entorno. Con todas las huellas de los que te habrán recorrido sin atenderte.

Y para no sufrir **por tí** quise pensar que tienes el corazón como una roca...

También te quiero contar, Morería, que a veces regalo mis cartas de amor en otros ámbitos. Pues bien, la otra que a ti te escribí produjo en otra persona unos efectos inesperados. Mi interlocutor, con los ojos muy brillantes me preguntó: "¿Quién es la Morería?" yo pensé: "¡Qué lástima! la tiene tan cerca y no la conoce". Sin embargo dije en voz alta: "La Morería es un **lugar** para el amor y la muerte".

Ahora, menos trágica, quisiera recomendarte co-

mo un tratamiento de belleza que consiste sólo en mirarte. Está indicado para todo tipo de pieles, incluidas las mixtas. Eres como una crema de efectos milagrosos. Hidratante, nutritiva, suavizante, protectora y regeneradora. Por excelencia, antiarrugas. ¡Ay arrugas! eso que ahora se llama radicales libres. Palabras sin sentido.... ¿Como algo o alguien **radical** puede ser **libre**? Si todos los extremos se tocan sólo la **duda** es razonable.

Y aún el corazón tiene razones que la razón no entiende.

Aquel día, Morería, parecía terminar el verano... queriendo o sin querer tenía que pensar en el otoño y en la crisis socio-económica, entre otras, que caracteriza esta época del año.

Así pues, pensé en un posible negocio que podría ser vender tus piedras como talismanes mágicos, con tu nombre grabado a fuego. O envasar tu aire, de **albahaca**, al vacío, en preciosos envases de cristal transparente...

Mas ¡Ay! ¿Cómo apropiarme de lo que no es mío? Y sobre todo ¡Qué valor ponerle! A lo que no tiene precio....

Todo ocurrió aquel día, mientras mi hijo parecía dormir sobre el agua. Y el **verano** terminaba....

Hasta siempre, Morería. P.D.

Mi referencia al pan se la dedico a todos los maestros panaderos.

Y mi carta de amor a todos los ojos que soñarte puedan, Morería.